MFN-6551

Mensaje del Sr. Roberto Cuéllar M., Director Ejecutivo del Instituto Interamericano de Derechos Humanos, en la inauguración del XX Curso Interdisciplinario en Derechos Humanos. 22 de julio de 2002.

1. Veinte cursos interdisciplinarios e interamericanos

Con esta ceremonia, inauguramos el XX Curso Interdisciplinario en Derechos Humanos y, al mismo tiempo, conmemoramos sus primeras veinte ediciones, iniciadas el 14 de septiembre de 1983 -dos años después de la fundación del IIDH- y sostenidas anualmente de manera no interrumpida.

En aquella ocasión, la ceremonia inaugural fue presidida por el Presidente de Costa Rica, Don Luis Alberto Monge, y la primera lección magistral fue dictada por el Sr. Hernán Montealegre Klenner, el primer Director Ejecutivo del IIDH. Desde entonces, el Instituto asumió su vocación como entidad educativa en derechos humanos para las Américas, y a partir de ese momento, comprendió que el cumplimiento regular del Curso Interdisciplinario es uno de los pilares fundamentales de su impacto regional.

A lo largo de veinte años, este Curso se ha convertido en un referente de la proyección, la fortaleza y la expansión creciente de la educación en derechos humanos como un instrumento crucial para la construcción de la democracia en la región. La excelencia académica y la dimensión política alcanzadas por el Curso se

CEDD-5173

MFN 18066

deben, por igual, a la valía excepcional de quienes han dictado sus cátedras y al testimonio activo de los ex alumnos (cerca de 2.500), la mayoría de los cuales hacen parte de las filas de las organizaciones no gubernamentales, las entidades públicas, los movimientos ciudadanos y los centros de enseñanza e investigación, que conforman la amplia red de trabajo por los derechos humanos en la región.

Libertad de cátedra, libertad de pensamiento y libertad de participación han extendido los horizontes de este Curso a todos los países de dentro y fuera de la región. Tres derechos que enriquecen la diversidad de sus dimensiones temáticas y disciplinarias. La equidad de género, el reconocimiento de la diversidad étnica y cultural, y el balance regional, disciplinario y laboral han fortalecido su carácter plural y lo han extendido a ser el ámbito de investigación de las tendencias actuales de los derechos humanos.

Nueve de cada diez organizaciones no gubernamentales - entre las principales de cada país - han compartido la experiencia del Curso con otros actores, como miembros de la policía, de las fuerzas armadas, parlamentarios, jueces, representantes de sindicatos, de universidades, de partidos políticos, militantes de movimientos sociales y de entidades de iglesia. En esta medida, el Curso ha sido, en si mismo, una escuela de tolerancia ideológica y una de las facetas más altas de la dimensión política de la educación en derechos humanos.

Este XX Curso está orientado hacia un campo temático específico: la Educación en Derechos Humanos. Las ediciones XVIII y XIX se dirigieron hacia las problemáticas de Acceso a la Justicia y Participación Política respectivamente, respondiendo a un principio de focalización geopolítica del IIDH, para contestar de una manera eficaz a los dramas más agudos de la vida social en la región.

2. El derecho a una educación en derechos humanos

El IIDH ha definido el significado de este derecho -o más propiamente, del conjunto de derechos que hacen relación a este campo -, señalando que todas las personas - independientemente de su sexo, origen nacional o étnico y sus condiciones económicas, sociales o culturales - tienen la posibilidad real de recibir educación sistemática, amplia y de buena calidad que les permita: (i) comprender sus derechos humanos y sus respectivas responsabilidades; (ii) respetar y proteger los derechos humanos de otras personas; (iii) entender la interrelación entre derechos humanos, estado de derecho y gobierno democrático; y (iv) ejercitar en su interacción diaria valores, actitudes y conductas consecuentes con los derechos humanos y los principios democráticos.

El Protocolo Adicional a la Convención Americana sobre Derechos Humanos en Materia de Derechos Económicos, Sociales y Culturales (San Salvador, 1988) demuestra que el derecho a la educación en derechos humanos es altamente dependiente del derecho a la educación en general y que ésta constituye una condición necesaria para el ejercicio efectivo de todos los derechos humanos. Entendido este supuesto, nos preguntamos si los contenidos básicos de derechos humanos se encuentran incorporados en los sistemas educativos; si tales contenidos hacen parte de la formación de los docentes y si los textos escolares contienen referencias a valores fundamentales de derechos humanos y otros, como la equidad de género, o la aceptación y respeto de las diferencias étnicas y culturales.

Nos preocupa lo que ocurre en el sistema formal de educación (la escuela, la secundaria, la universidad), porque allí coinciden dos factores muy importantes: el momento de desarrollo psicológico en el que la juventud toma conciencia de la alteridad (de la relación con el “otro”) y por tanto de las reglas de la convivencia, el respeto, la tolerancia y la solidaridad; y porque, pese a sus limitaciones, la educación formal es, en todos nuestros países, la oportunidad más amplia de incidir sobre la formación de la ciudadanía.

Pero también interesa – y mucho – la formación de los docentes, la preparación de los agentes del orden, la preparación especializada de los jueces y magistrados y el entrenamiento de los funcionarios de la administración pública.

En general, la educación en derechos humanos -“formación en valores”, “educación para la democracia” u otras denominaciones equivalentes- ha sido incorporada en los últimos diez años a las legislaciones nacionales y en algunos programas oficiales. Esto ha ocurrido en el marco de procesos de reforma educativa y como parte de la recuperación de la democracia. Sin embargo, las aplicaciones concretas de estos avances formales son aún incipientes, como son la reforma del sistema educativo en general y la consolidación de la democracia.

Por su magnitud y por su importancia histórica, debemos reconocer que la educación no formal sobre derechos humanos, impartida en forma persistente por diversas organizaciones no gubernamentales; las acciones formativas impulsadas por los sindicatos y los movimientos sociales (las organizaciones de mujeres y de indígenas principalmente) y el trabajo de las iglesias en este campo han sido y siguen siendo un espacio más que destacado de pedagogía de los derechos humanos.

La educación y el modo de impartir los derechos humanos son una preocupación de nuestras sociedades, al inicio del siglo XXI. Aún ahora, nos seguimos preguntando si es mejor preparar ciudadanos para que continúen el actual sistema y forma de vida que rige nuestras relaciones o potenciar su conciencia cívica y crítica para que sean capaces de interpretar y de transformar esas relaciones?

El reto de ampliar consistentemente la EDH hasta ocupar todas las líneas de transmisión y de la formación de valores, incluyendo la creciente influencia de los medios de comunicación y penetrando la vida familiar y comunitaria, requiere, ahora más que nunca, una acción concertada de la sociedad civil – portadora del saber y la experiencia – y las entidades públicas responsables de la educación, la formación de cuadros y la comunicación social.

3. Educación en derechos humanos y democracia

Los conceptos de democracia y derechos humanos están indisolublemente unidos, y no es así solo en su vigencia jurídica, sino a su realización efectiva en la cotidianidad. En la visión del IIDH, la democracia es mucho más que una doctrina de acción política; es un modo y una cultura de vida. La experiencia ha probado que en las Américas nadie puede olvidarse de su desarrollo, ya que la democracia es un proceso continuo y es acumulación de errores y de aciertos políticos. La democracia exige mucho de memoria constante y de aprendizaje renovador.

Por eso, la educación es la primera tarea de las democracias que debe adaptarse a las necesidades de la participación ciudadana, que debe promover la aceptación de las diferencias culturales y de las diversidades sociales y, asociada a la justicia, la tarea educativa puede atenuar el miedo a la libertad. Esta tarea va más allá del

cambio curricular, de la reforma educativa y de la modificación de algunas estructuras: es la misión de replantearse la formación ciudadana para que desde la niñez asuma como sujeto de derechos y defiendan esos derechos para sí y para sus semejantes; que practiquen y luchen por la inclusión social y la justicia; que quieran y sepan participar en las tareas de gobierno, que asuman responsabilidad por sus actos y exijan responsabilidad a sus gobernantes...

La ciudadanía plena de la cual depende la supervivencia y el desarrollo de una democracia tiene que ser construida. Y la herramienta clave para esa construcción es la educación. En este sentido, América Latina necesita más que un cambio curricular, pues no se trata de remendar ni de rehacer programas. América Latina necesita del magisterio, pues se trata de que la escuela sea una comunidad de valores éticos y de prácticas democráticas desde la primera edad. Y es que hace más de treinta años, Costa Rica nos enseñó que los maestros constituyen el contingente humano más determinante para establecer las posibilidades del progreso democrático, cuando en otros países teníamos dictaduras y gobiernos autoritarios en el ejercicio del poder.

En sus 22 años de vida, el IIDH ha trabajado en medio de numerosos conflictos nacionales y regionales, cuando cientos de miles de vidas se perdieron en las Américas. El inicio del siglo XXI nos ha abierto varias interrogantes al destino de nuestro hemisferio y es oportuno reconocer que esa realidad es dramáticamente ambivalente: está llena de peligros visibles y se presentan enormes potencialidades. En todos estos procesos, frente a la violencia irracional y frente a la incertidumbre de la globalidad, la apuesta del IIDH fue, es y será por la educación.

Seguimos apostando por la dimensión educativa, empleando todos los medios a nuestro alcance. Entre estos medios, el Curso Interdisciplinario ocupa un lugar privilegiado, pues a lo largo de veinte años ha demostrado ser un espacio insuperable para la convivencia y para la construcción de propuestas de acción política. Este XX Curso continúa esa digna tradición de educar en y para los derechos humanos y la vida en democracia.

4. Un homenaje al Sr. Rodolfo E. Piza Escalante

Les proponemos, ahora, que nos acompañen en una tarea desafiante, una labor de multiplicación de esfuerzos entre el sector público y el privado. Ustedes representan esas entidades oficiales y no gubernamentales que con su liderazgo encontrarán soluciones más democráticas a los retos de la educación. Para ello, no puede haber mejor ocasión que esta ceremonia en que, mientras inauguramos este Curso Interamericano del más alto nivel, rendimos un sentido homenaje a un líder comprometido con la educación para la justicia y para la libertad; que se nos fue el 13 de enero de 2002. Rodolfo E. Piza Escalante fue uno de los tres fundadores del IIDH y primer Presidente de la Corte Interamericana de Derechos Humanos; uno de los Magistrados fundadores de la Sala Constitucional de su país y maestro de varias generaciones de juristas y de activistas de derechos humanos en la región.

Probo funcionario de la justicia, Rodolfo Piza fue ese lazo umbilical que unió la Sala Constitucional de Costa Rica – esa Corte de los milagros – con los derechos humanos, dejándonos una profunda huella en el alcance de la justicia constitucional latinoamericana. Fue protagonista de un vasto anecdotario político de hondo significado histórico, como sus pasos en la guerra del 48 y en la diplomacia en las Naciones Unidas. Polémico e irascible, sobretodo cuando se trataba de la búsqueda

de la verdad, fue observador consciente de la realidad de los derechos humanos. Con una percepción única de la injusticia, lo que más me impresionó del pensamiento de Rodolfo Piza fue esa incomparable simbiosis que estableció entre sensibilidad con solidaridad, entre la potencia irremediable de su expresión judicial frente a las violaciones grotescas contra la dignidad de cualquier persona humana.

Se fue recorriendo América y se enamoró de la historia y de la cultura; un juez devoto y dispuesto a rectificar; un promotor incansable en todos los terrenos de los derechos humanos que con terca persistencia demostró que se puede lograr un equilibrio entre los más fuertes y los más débiles, igualados ante la ley por la condición de ciudadanía. Rodolfo fue ese extraño tipo de arquitecto judicial que puso las bases de las garantías constitucionales con una capacidad admirable de inspirarnos a enfrentar nuevos retos.

La última vez, lo vi irse del IIDH satisfecho y sin ostentaciones a su investidura, como solía alentar las ideas políticas de la institución. Fue el 10 de diciembre de 2001 que tuve la última visión de un ser humano descomunal que vivió intensamente y por el que ahora cabe pedir a la sociedad de derechos humanos y a la de su país, que se respete su memoria y que se le deje soñar en paz con su libertad.